

Simposio:

“Configuraciones de lo popular en la literatura y el pensamiento latinoamericanos en el Cono Sur”

Coordinador: Dr. Nicolás Abadie

El reverso de la lengua: ¿Borges populista?

Dr. Pablo Heredia.

Universidad Nacional de Córdoba
pabloedmundoheredia@gmail.com

Director del proyecto:

“Literatura y política: construcciones de lo popular y representaciones sociales en la literatura argentina”.

Resumen:

En la década de 1920, el joven Borges cree en la refundación de la literatura argentina. Las vanguardias en boga le proveen la mirada irruptiva con la lengua literaria. Se puede escribir desde la negación de la diferencia que planteaban los epígonos del modernismo. La lengua de la literatura no es diferente del habla popular. Escribir como se habla, registrar la fonética “nacional”, recurrir a la transparencia de la oralidad, seducir las ideas con la cultura cotidiana de la ciudad moderna, se configuran en las claves de sus iniciativas criollistas. Sin embargo, en la experimentación con las voces “nacionales” el flaneur porteño huye de las multitudes modernas, y se aboca a individualizar sus agentes y situarlos por fuera de la historia. ¿Borges populista? Ni su insípido yrigoyenismo le alcanzó para interpretar el colectivo “pueblo” que articulaba la “chusma” radical con los postulados “criollos” que ensayó en sus observaciones sobre las orillas-suburbios.

Palabras clave: Borges-literatura argentina-oralidad-cultura popular

1. Ivonne Bordelois (2009) concluye su análisis del Borges criollista en concordancia con lo que la crítica literaria (Viñas, Sarlo, Torres Roggero) viene sosteniendo desde hace varias décadas: el criollismo de Borges ese configura como una respuesta-resistencia al proceso de adaptación cultural de la inmigración. El dato del contexto no es curioso; el nombre de la revista *Martín Fierro*, más que aludir a una referencia criolla reivindicatoria de la gauchesca, en tanto baluarte de una tradición criollo-nacional, apunta a marcar la diferencia con la tendencia proinmigratoria de los colegas de Boedo. Veamos los versos que traen a colación ambas banderas literarias: la revista de los poetas de Florida se llama *Martín Fierro* (nombre del héroe de ficción) y la estrofa que rescatan en la editorial de 1925 registra el sentido de la revista, la de cantar con toda la voz, es decir una apelación a la libertad de expresión sin preceptivas

ideológicas, mientras que la revista de Boedo, Campana de palo (un verso del cantor Martín Fierro), matiza la voz en lo social, no se trata de libertad sino de ser escuchado. Los muchachos de Boedo dijeron a su modo lo siguiente: no se trata de la libertad de expresión burguesa sino de la posibilidad de darle la voz -y escuchar- a los que no tienen voz, entre ellos, el proletariado, los inmigrantes pobres.

2. Borges dijo “pueblo” en un ensayo con significado referencial a un sector social bien diferenciado por individuos con cierta formación cultural del suburbio. Borges sabía que “Pueblo” es una categoría política, para él asociada por inercia literaria a las ideas liberales de la Ilustración francesa. Quizás su apocada francofobia estuviera ligada a esa cosmovisión política de la vida cotidiana que en la década del 20 era hegemónica en sus colegas de Boedo. Son muchas las referencias de Borges a la literatura y la cultura francesas, sus *boutades* redundaron en una cómoda e irónica ignorancia que lo llevaba a postulados que contradecían la falsa modestia de sus concepciones de la literatura, como por ejemplo el supuesto falso nacionalismo de los franceses. Rancière (2013) ha escrito un ensayo crítico sobre la francofobia de Borges, en donde al final de cuentas no es más que un esnobismo para ligarse al humor flemático de la tradición anglófona. Posteriormente, en su “Autobiografía” (1970) continuará con esas *boutades* humorísticas celebratorias del estilo macedoniano (una de ellas con palabras nuestras: de niño leí El Quijote en inglés y me fascinó, luego, de adulto lo volví a leer en castellano y me decepcionó; o bien esta otra: de niño en Suiza fui a un colegio francófono, odiaba que me llamaran por mi apellido pronunciado con una sola sílaba). Sin embargo, Pueblo es una palabra que se desliza algunas veces en sus ensayos para designar a los habitantes de las orillas suburbanas que no están ligadas al delito, o a la marginación social. De alguna manera, Pueblo es la clase trabajadora que todavía conserva una ética social que los agrupa en pequeñas comunidades: es la chusma de Carriego.
3. Utilizamos el verbo “decir” para referirnos a la retórica borgeana por dos motivos concomitantes: el primero porque el mismo Borges usa el verbo recurrentemente, marca de una oralidad que pretende coherente con su preceptiva criollista: la dicción, la fonética, son registros de una otra lengua que reformará la literatura argentina; el segundo, porque en el “decir” se opina, y se trata de una “imagen” del mundo que deja abierta no solo un carácter apelativo sino también la pose de la ambigüedad de una mirada que está orientada a producir una crítica modal de un lugar incómodo para el oyente-lector a través de la ironía del gusto, el humor absurdo, la *boutade*, la anécdota autorreferencial, el giro regionalista; lo que implica no solo la polémica indirecta con sus detractores sino también la impugnación del discurso académico que es el que precisamente sostiene con su “autoridad” la argumentación crítica. “Decir” arraiga etimológicamente en *dicere*, que significa básicamente lo mismo que ahora, y también “señalar” o “apuntar”, y además, en otra raíz más antigua, proviene de “dedo”. Nos permitimos esta variable para pensar el “decir” de Borges: la oralidad criolla dice algo señalando con el dedo, además de señalar reafirmando la opinión, lo

digo con el dedo para reasegurar machacando lo que es o lo que debe ser. El criollo afirma su identidad insistiendo con el dedo que señala la “verdá”.

4. En “Después de las imágenes” (Inquisiciones) Borges dice “pueblo”, entidad social casi anodina que no se adecua al tango, práctica lupanaria (“precario”, “ruin”) cuyo agente promotor es el “compadrito” (“nostálgico” adepto al prostíbulo). El pueblo se constituiría entonces con lo que no está por fuera de la ley, y aunque de una impureza moral, por primitivo y ligado a prácticas de la pobreza, se sostiene en la honradez. Pueblo es una escena pictórica de Carriego, tipos sociales que deambulan por el margen de la urbe con el único fin de sobrevivir. En 1931, Borges escribió su *Carriego*, ensayo que cruza al poeta con el objeto de su mirada social, la población del barrio, socialmente inclinado al sentimentalismo y a la estética de la clase baja o de la pobreza, protoflaneur que calzaría la acidez de las aguafuertes de Arlt.
5. El interés por los “arrabales” está en el espacio urbano, es decir en las calles y las casas; así lo manifiesta en el ensayo “Buenos Aires” (*Inquisiciones*), en donde reside la Patria como un “fatalismo”, con lo cual se infiere que no es una voluntad que requiere de una adaptación (guiño para los inmigrantes cocoliches). Se habita la Patria como “criollo”, se la vive en una “intimidad”: no se alardea de patriotismo, porque este sentir reside en la “noble tristeza de ser criollo”; e insistimos con otra inferencia, la Patria no está en la exterioridad ni en el bullicioso cocoliche del inmigrante. Esta exultante declaración de principios sobre el criollismo patriótico Borges la desarrolla con mayor argumentación en el siguiente ensayo, “Queja de todo criollo”, que él mismo define como un “alegato”, ya que confiesa haber sido objeto de acusaciones, “inquisiciones” sobre lo que piensa-dice es el “carácter verdadero del criollo”. El criollo “esencial” es el que vive ese carácter como “entrañable”, y se lo puede percibir en sus costumbres y en su lenguaje, en cambio el criollo “apariencial” es el de convención, el que vive la criolledad como una obligación. El criollo esencial es “silencioso, fatalista”, aunque “burlón, suspicaz, desengañado”; ejemplos son los caudillos Rosas e Yrigoyen, que sin embargo en ellos confluyen otro carácter criollo: el “desgano”. Aquí está el joven Borges escuchando las conferencias de los invitados keyserling (véase *Sudamérica*) y Ortega y Gasset (que una década después vociferaría “argentinos a las cosas”): el “desgano” se manifiesta en la lentitud para hacer las cosas, el horizonte de la pampa que siempre se corre y nunca se aprehende. La modernización de Buenos Aires (léase la transformación cosmopolita) está acabando con ese criollo, que se está degradando, y morirá cantando.
6. En el libro siguiente, “El tamaño de mi esperanza” (1926) insiste con el criollismo. En el ensayo homónimo los destinatarios son los “criollos”: les digo a los criollos, les señalo a ellos. Aquí se cristaliza su tibia xenofobia, a los criollos se les habla y no a otros, es decir a la Patria que no se declama. A los criollos se les habla, no se les escribe (otro guiño insoslayable a los monumentales ensayos de la generación del Centenario). La oralidad continúa siendo la marca de su discurso, sobre todo porque

los criollos son, y ahora van bien definidos, los que “sienten” (*vivir y morir aquí*) y los que “creen” “que la vida está aquí” y no en Europa. La alusión a los inmigrantes que están pensando en volver, se configura como un alegato patriótico: no se puede pensar la Patria con aquellos que no desea morir aquí. Los “gringos” son desterrados y nostálgicos. Y como los jóvenes son los destinatarios, criollos jóvenes que no niegan la “realidad” del país, en ellos está la Patria, algoritmo que condensa pasado, presente y futuro, lo “venidero”, la “esperanza”. El pasado del criollismo nos dice la “verdad”, allí está Rosas señalándonos con el dedo, aunque su patriotismo fuera “voluntario”, es decir forzado. En sus antípodas también estuvo Sarmiento, “norteamericanizado indio bravo, gran odiador y desentendedor de lo criollo” que “nos europeizó” (14). La opción es transparente: Rosas o Sarmiento. El presente se cierra en la “ciudad”, en sus arrabales, y estaría representado en las obras de Carriego, Macedonio y Güiraldes. La serie marca su genealogía criollista. Bordelois ha demostrado el registro de Güiraldes en la poesía del joven Borges; sabemos que el humor borgeano se funda en Macedonio; y la predilección familiar por Carriego, amigo de su padre, canaleta que desliza sus flujos sentimentales a los suburbios populares. Esta serie se enfrenta a la de Groussac-Lugones-Ingenieros-Banchs, escritores que abundaron en la falta de originalidad, defecto precisado en la ausencia de vitalismo. En la oposición marcada sobre el final, “realidad vital grandiosa”/“realidad pensada es mendiga”, establece su programa literario en una prescriptiva que con los años redundará en su negación: hay que encontrar la poesía en el criollo que está en Buenos Aires (que también es “América”) desde el vitalismo y nunca desde el pensamiento. En el acto de encontrar lo poético del criollismo está “el tamaño de (su) esperanza”. Los que pretenden norteamericanizarse o europeizarse, en nombre del “progresismo”, les falta fervor. El joven Borges se anticipa a “El hombre que está solo y espera” de Scalabrini Ortiz, quien avizora el mismo problema en la serie “creencia-pálpito-vitalismo-argentino” frente al problema porteño de la norteamericanización. Pero para Borges el criollismo tiene sus inconvenientes en la nostalgia que hay que abandonarla: el “verdadero” criollismo debe articular el yo con el mundo, el país con el mundo, que “converse”, dice con el dedo. La originalidad está en la oralidad, en la “fonética” como decía el manifiesto de la revista Martín Fierro. El método, la “incredulidad”, para ello es necesario apartarse de la voluntad, vivir lo criollo sin creencias previas, es decir sin una razón de lo que se siente como criollo, ya que está allí, en todas partes, solo hay que encontrarlo. Este ensayo fue retirado de las ediciones posteriores; Borges entendía que ya no representaba su poética, de hecho, la serie genealógica de su vida literaria no la borró, aunque sí su antítesis: muy poco después reivindicó a Banchs y Groussac y más adelante, a Lugones.

7. En “La pampa y el suburbio de los dioses” Borges aborda un aspecto que había merodeado en los ensayos anteriores: la fundación de una mítica del criollismo. Para ello el lenguaje es primordial y la oralidad su carácter. La hiperbolización de la palabra hablada configura la matriz de su programa. “Incredulidad”, “espaciosidad”,

“verdá”, “cotidiniadá” e “intensidá” son subjetivemas que le permiten hablar de la pampa. La fonética se constituirá entonces en la matriz no solo de un nuevo idioma (como lo afirmarían en la revista Martín Fierro cuando polemizan a la revista madrileña sobre “España, el meridiano de América”), sino también de un tono cultural de la literatura, una diferencia que el “sacerdote”, como dice Pastormelo, exaspera para marcar la cancha con las herramientas de la Nueva Poesía. Pero también usa por ejemplo “*falsiada*” con cursiva, acentuando la diferencia para identificar al verdadero criollo, porque como hemos venido señalando, para Borges hay falsos criollos, los que ejercen el carácter desde el voluntarismo. Llama la atención que muy pocos años después le criticará a Güiraldes que use la palabra “pampa” en su *Don Segundo Sombra* para designar el campo: los paisanos del lugar dicen “campo”, por lo tanto, “pampa” es una palabra que proviene del voluntarismo. La cuestión es que la pampa, esa “grandeza” que cobijó al gaucho, ahora se ha corrido a las orillas, símbolo todavía “a medio hacer”. El lugar cultural, “orillas”, es un símbolo (referencia cultural) con el que la literatura debe trabajar. El hacer, la tarea, consiste en completar lo que está a medias: explorar, encontrar y vivir el símbolo completo. Reconoce algunos predecesores: Fray Mocho, Félix Lima, Carriego, Arlt inclusive, y él mismo, pero no constituyen sistema, son parcialidades que necesitan una tendencia. Los escritores citados, a excepción de Arlt (a quien en esos mismos años tildó de mal escritor), pertenecen a una generación anterior: representan el imaginario del criollismo de su infancia (Ver el exhaustivo estudio de Adolfo Prieto). Quien no está en la lista es Gálvez, *best seller* que encandila a los lectores que gustan de la sordidez del tango y a escritores de la Otra Orilla, la de los proletarios de la inmigración.

8. Autorreferencia vital. Lo autobiográfico es una marca de autoridad que emana de la experiencia. Borges recurre a un yo que autoconfigura al sacerdote que dicta la subjetividad de la literatura. El vitalismo se construye así. El escritor debe ser coherente con la forma de su propuesta: un criollo que explora la criolledad. En el ensayo “Profesión de fe literaria” cristaliza con mayor énfasis ese registro. La recurrencia a Rosas (la historia de su familia), es el curso de su genealogía, en donde sus detractores caen bajo el influjo de las inquisiciones. Porque todo es cuestión personal, por lo tanto, el que “cree”, el que sostiene su vida desde una “fe literaria”, será sujeto de críticas. El yo-creyente se afirma en la idea de que “toda literatura es autobiográfica, finalmente”, y el vitalismo que la funda concibe un “todo es poético”, porque su autoridad proviene de la experiencia vital y a las palabras se las conquista, por eso el sacerdote concluye que no hay que nombrar “suburbio” “sin haberlo caminado, sentido”. La subjetividad de la experiencia funda la Nueva Poesía, pero ojo, esta no se compone de ideas sino con prácticas exploratorias (Marechal parodió unos veinte años después estas exploraciones en su *Adán Buenosayres*, porque al fin de cuentas todo era resultado del voluntarismo), a diferencia de los muchachos de Boedo, quienes prejuzgaban la realidad desde la ideología y no desde la experiencia, desde la falsedad de los que migran por la Patria y no desde la verdad de los criollos.

9. En *El idioma de los argentinos* (1928), último libro de ensayos de los años 20, la oralidad marca una especie de solemnidad plebeya: una conferencia dirigida al pueblo. El habla argentina nuevamente es su propósito, matriz de la Nueva Poesía. En el presente están jugando dos opciones lingüísticas, la del arrabal-sainete y la del español conservador; el interés se sacia por el primer cauce. Decíamos antes que el arrabal para Borges no es territorial sino un lugar social que no solo se ubica en las orillas sino también en los conventillos del centro. La ecuación serial urbe-obreros (los compadritos también se unen como parte del folklore), surge la denominación “clases pobres”, en cuyo interior no necesariamente reside el criollo. El arrabal se posee en el lunfardo, no más que un vocabulario también “pobre”, y para los que creen voluntariosamente que es simpático, solo es una operación de los saineteros que lo favorecieron agregando palabras que los pobres nunca usaron. El lunfardo no tiene alma, sostiene, y para refrendar su decir, acude a Fray Mocho y Carriego, quienes no le “dieron su favor”. Ahora bien, luego hace referencia al pueblo y desligándolo del tango del arrabal. El pueblo más bien recurre a la milonga, y no al tango, reducto de un acertijo: “redactado en el sedicente idioma popular”. En cambio el pueblo no acude a gongorismos de trastienda porque “no precisa añadirse color local”. ¿Qué es el Pueblo entonces para Borges? Al fin de cuentas no le interesa porque es un término de la política, por eso además lo usa indistintamente, bien puede ser el habitante del barrio, sensiblero y honrado, el criollo milonguero de las orillas, u objeto manipulado por los conceptistas del arrabal. De hecho, los saineteros alimentan el lunfardo, y el criollo de la Nueva Poesía no debe “desertar de la universalidad del idioma”, lo que no significa que se abandone el español, aunque sí el de los diccionarios que registran palabras, es decir signos que manipula la academia. El criollo debe experimentar con las palabras que son representaciones, es decir, con las imágenes, no con los signos del diccionario, libro carente de experiencia. Volviendo al comienzo de este ensayo, Borges propone no optar por ninguna de las dos posturas, o “conductas”, ambas son inconducentes a la nueva lengua de la Nueva Poesía: ni la de los saineteros que escriben con un lenguaje que nadie habla, “exagerativo y caricatural” con una “dicción de la fechoría”, ni la de los cultos del diccionario que “mueren de la muerte prestada del español”. Ninguno sigue el idioma corriente, señala, por lo tanto es necesario recurrir a la dicción, el decir de la lengua cotidiana del criollo: “el no escrito idioma argentino sigue diciéndonos” la pasión, la casa, la confianza, la amistad (otra vez aparece el correligionario Scalabrini Ortiz). En el siglo XIX hubo quienes lo intentaron a medias, criollos como Echeverría, Sarmiento, Wilde, Mansilla, López, pero lo hicieron como una misión, ahora ya no hace falta porque la “argentinidad” es una vocación. Detengámonos en esta “argentinidad”, palabra creada por Rojas para el Centenario, tan cara al voluntarismo nacionalista. Para Borges, una década después, la “argentinidad” puede ser “vocacional”, es decir, pasional, emotivo, no ideológico.

10. Y nos vamos. Por último, en el cierre de la “conferencia” sobre el idioma de los argentinos, Borges se instala en la diferencia con el español plantando su voz. El programa de Martín Fierro está en su decir: la voz es dicción que expresa la emotividad de ser argentino, la argentinidad, la Patria. En la “entonación” criolla está la esperanza del idioma. Y la esperanza radica en la posibilidad de que la modernidad invasora no progrese en ese mestizaje que augura el cocoliche, el tango y el sainete. La voz que dice nuestro idioma está en el criollo. En “Nuestras imposibilidades” Borges cristalizará este axioma en el “argentino” de varias generaciones, único agente que tiene “derecho” a enunciar las posibilidades de la “argentinidad”. Junto con su contemporáneo libro de Ingenieros, *Las fuerzas morales* (1925), no es tan difícil entonces *decir* que en la infancia de la Patria está lo que dificulta tramitar un cambio: Borges conservador.

Bibliografía.

- BORDELOIS, Ivonne: 1999. *Un triángulo crucial. Borges, Güiraldes y Lugones*, Bs. As., Eudeba.
- BORGES, Jorge Luis: 2011. *Obras completas (Tomos Uno y Dos)*, Bs. As., Sudamericana.
- KEYSERLING, Conde Hermann von: 1933. *Meditaciones sudamericanas*, Bs. As., Espasa Calpe.
- PASTORMELO, Sergio: 2007. *Borges crítico*, Bs. As., FCE.
- PRIETO, Adolfo: 1988. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Bs. As., Sudamericana.
- RANCIÉRE, Jacques: 2011. “Borges y el mal francés”, en *Política de la literatura*, Bs. As., Libros del Zorzal.
- REVISTA MARTÍN FIERRO (edición facsímil): 1982, Bs. As., Capítulo/CEAL.
- SARLO, Beatriz: 1988. *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Bs. As., Nueva Visión.
- TORRES ROGGERO, Jorge: 2002. *Elogio del pensamiento plebeyo*, Cba., Silabario.
- VIÑAS, David (Dir.): 1989. *Historia social de la literatura argentina. Yrigoyen, entre Borges y Arlt (1926-1930)*, Bs. As., Contrapunto.